

Aquel vaso de agua fresca

UN mediodía vino a verme Sebastián Cuevas a la Redacción del diario CORDOBA, en la Plaza del Cardenal Toledo, para decirme que le acompañara en su visita al Hogar del Pensionista, situado a continuación del convento del Cister, porque quería hacer un reportaje sobre la vejez en reposo. Allí fuimos.

Entramos cuando el salón estaba lleno de hombres de la tercera edad o algo más o menos, muchos de los cuales jugaban alajedrez, al *parchís* o al *tute*. Sebastián observó a los que jugaban y se dijo: "Estos se siguen jugando el pasado y pretenden ganar unos trozos del futuro". Y a continuación me invitó a tomar algo, acercándonos al mostrador del pequeño bar del Hogar, donde el dependiente preguntó: "¿Qué van a tomar los señores?". Yo pedí una *coca-cola* fresquita y Cuevas sólo un vaso de agua.

"¿Nada más que agua? —interrogué—. Y él contestó: "Hoy me siento como agua corriente, transparente, deliciosamente fresco, porque hoy deseo escribir algo transparente y positivo".

Reí las palabras de Sebastián, pensando que el agua limpia y pura es un reflejo de lo que ama el hombre en esta sucia vida: lo que quita la sed y aclara el pensamiento. Es ésto lo que ahora me hace recordar lo del vaso de agua, en un párrafo de lo leído en *Cuentos y descuentos andaluces*, cuando el autor escribe: "Y yo, que me enteré de todos estos celos e historias, os lo cuento como ejemplo de resignaciones. Y lo hago así, desaliñado y todo tieso, sin diálogos separados, porque cuando andaba yo rumiando sobre estilos por dentro de mi mollera sentí que tenía sed y me dije para mí: tengo que pedirle un vaso de agua a mi

hija Eva, que es tan servicial y siempre me trae, con el agua, alguna sonrisa, y entonces, sin punto y aparte, ni punto y raya, ni entre comillas, fui y le dije, mientras iba yo pensando en otra cosa, Eva, hija mía, haz el favor de traerme un vaso de agua. Y ella me lo trajo, en la bandeja de su alegría, y estaba yo por otros pensamientos, todo al mismo tiempo y seguido".

Sebastián Cuevas me hizo pensar que un vaso de agua fresca, ya en el solsticio más caliente del verano, era el mejor elixir de vida que todos los líquidos bebibles y refrescantes inventados.



MANUEL
MEDINA
GONZALEZ